

# La dudosa ayuda de los ojos negros

*Paulette Jonguitud Acosta*

*Study me then, you who shall lovers be  
At the next world, that is, at the next spring,  
For I am every dead thing,  
In whom love wrought new alchemy.  
“A Nocturnal upon St Lucy’s day”, John Donne*

CIERRO LOS OJOS. Y ENTONCES GRITAN. ¿No era esto lo que querían? ¿No soy ahora lo que debí haber sido? Cierro los ojos y aúllan. Pero ¿cómo? Si antes el problema era tenerlos abiertos, estos ojos negros, grandes, los ojos de mi padre.

Tienes los ojos de tu padre, ha dicho siempre mi abuela, y sé que no sólo tengo sus ojos, tengo también su piel, su oscuridad; lo han dicho siempre, ella y sus hijas, todas las hermanas de mi madre. Debo creerles porque fotos de él no hay en esta casa. Jamás, no, Lucy, que Dios nos asista. De mi madre hay muchas, si es cierto que ella fue mi madre; sólo nos parecemos en las manos, dedos largos, uñas ovaladas.

De él no hay fotos, por supuesto, ni Dios lo quiera. Ellos, ella, mi abuela, creen que no sé por qué no hay fotos de mi padre, pero lo sé; mi abuela es débil, y vieja, como deben ser las abuelas; es débil y por eso le caben menos cosas en la cabeza, por eso recurre a los cuadernos de pasta dura y negra, como mis ojos, como los de él; recurre a esos cuadernos para descargar lo que trae en el cerebro, para que le pese menos por las noches. Escribe ahí todas sus cosas y luego guarda los cuadernos bajo la cama, ¡bajo la cama!, a quién se le ocurre un escondite tan bobo. En esos cuadernos



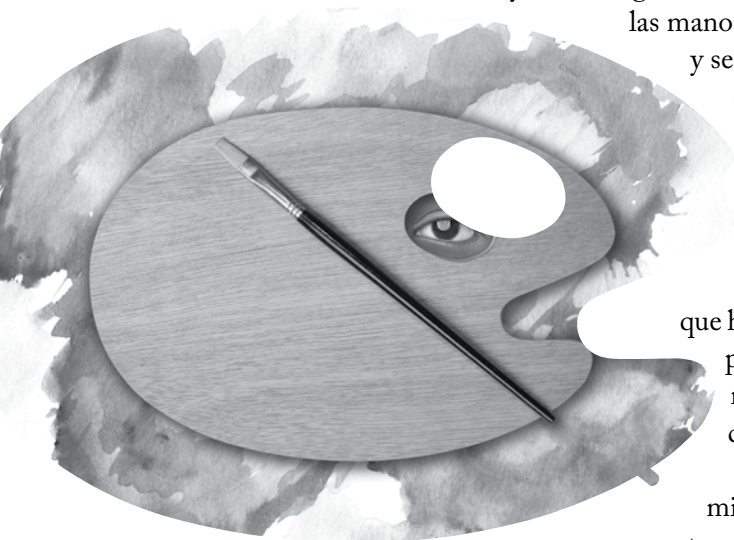
hallé lo que pasó con mi padre; leí, como leo todo el día, desde que me diagnosticaron, desde que estoy mejor en este cuarto, el último de la casa. En un cuaderno, como en un libro, leí sobre mis padres, así como he leído sobre los de otros, esos otros como yo que mejor no hubiesen tenido padres, como Huck Finn, como yo, como el moderno Prometeo, según dice mi abuela. Así supe lo ocurrido con él, ojos negros, con ella, si es que es mi madre porque sólo nos parecemos en las manos.

Tienes los ojos de ese hombre, dice mi abuela casi con asco. Y la piel, quiero decirle, la piel, no te olvides de la piel. En la mesa del comedor cuando se habla de alguien especialmente feo, o de alguien vulgar, como dice mi abuela, siempre se le llama prieto. Pronto supe que prieta también era yo, aunque me tardé en entender que era un asunto de colores. Las manos y la cara de mi abuela y de mis tías son blancas; ellas dicen que son blancas aunque en realidad son rosadas, con tonos de verde y venitas azules que se transparentan como bajo las medias. Si me pongo medias, las piernas se me ven como a ellas. Pero mis manos me delatan. En la casa las únicas prietas somos Malena y yo; Malena no come con nosotros, cómo se te ocurre, Lucy, dice mi abuela; Malena hace la comida y lleva un vestido azul marino con cuello y delantal blanco. Pero yo y ella somos más parecidas que yo y mi abuela; entonces escondo las manos bajo el mantel e inclino la cabeza para que no se me vea mucho el rostro, no sea que me

digan prieta y me manden a ponerme un vestido azul marino, no sea que recuerden que no soy como ellas, que me parezco a mi padre. Eres igualita a las hermanas de ese hombre, dice mi tía Martha; la quiero, trata de ser amable y agrega: eran mujeres guapísimas; luego ella y las demás: lástima que fueran tan vulgares, sí, tan maleducadas.

Cierro los ojos y gimen. ¿Qué les pasa? Quién las entiende. Así no me parezco a mi papá, porque era malo, lo sé, hizo algo malo y se murieron él y ella. Lo leí en un cuaderno; era malo de un modo discreto, no como el papá de Huck, que lo golpeaba y le robaba el dinero; no así, pero malo. No entiendo por qué mi abuela escribe esas cosas. Mejor olvidar. Desde que leí eso ya no me acerco al cuarto de mi abuela, me quedo aquí, en el mío, lejos de la ventana para que no me dé el sol y no me ponga más prieta; soy obediente, desde niña he hecho caso de no jugar en el patio y las manos ya las tengo, después de tantos años, más amarillas que cafés. Mejor es no acordarnos de él en esta casa, pero yo, como dice mi abuela, soy un constante recordatorio.

Era noche y estaba dormida; dice el cuaderno que yo tenía ocho años pero debo haber tenido menos, de haber cumplido los ocho debería acordarme. Era noche, estaba dormida; entró entonces mi padre a la recámara a buscar algo que mi madre hace mucho tiempo no le daba. Me quitó la ropa. Tal vez trataba de encontrar una



parte de mi cuerpo parecida al de ella. Según el cuaderno intentó sacarme de la cama y no consiguió moverme; mi padre se quedó ahí, viéndome las manos, lo único que tengo de ella; se quedó ahí y se abrió el pantalón y tuvo que desahogarse

solo porque no pudo hacer conmigo lo que tampoco hacía con mi madre. Luego, según leí en el cuaderno, entró en razón, dice mi abuela: debe haberte visto los ojos, estos ojos más suyos que míos y al hallar en ellos un espejo se dio cuenta de lo que hacía y se puso tan loco de asco y llanto que prendió fuego a la casa, todos dentro. Ellos murieron: yo no. Yo creo haber sido más chica, porque ¿cómo no iba a acordarme?

Puede ser por los ataques, como dice mi abuela; porque desde entonces me dieron ataques y con tanta frecuencia que no pude ir más a clase. Me quedé aquí, leyendo y dibujando; mi abuela me trajo colores, óleos, acrílicos, hasta tinta china, también muchos libros; leo uno y luego *Huck Finn* y leo otro y luego *Huck Finn*, y así. Los días tristes me gusta leer *Frankenstein*, aunque es difícil porque el libro ya está muy gastado y se deshoja. Leo lejos del sol, claro, por eso ya tengo las manos amarillas en vez de cafés. Aunque no puede creerse todo lo que dice mi abuela. Ella cuenta que por los ataques perdí el habla pero la verdad no hablo porque no quiero, porque tengo algo dentro y se me puede salir como se le salió a mi padre; entonces sí sería un peligro, no vayamos a amanecer en llamas. Mejor no hablo. Mejor dibujo, para eso sí soy buena; cuando dejé de ir a la escuela me trajeron colores y colores: crayones, grises, óleos, hasta tinta china. Me dibujo a mí y a ellas, todas iguales, todas rosas; es el color que se me acaba más rápido. Y como dice mi abuela, del papel está más difícil que se salgan las maldiciones de mis ojos tan grandes, tan negros.

Cierro los ojos.

Gritan.

Imagino lo que ven: los ojos de mi madre, igualitos a los de las fotografías.

He practicado durante años, tengo pilas de papeles que casi alcanzan el techo y en todos dibujo sus ojos, los de ella: pequeños, almendrados, color miel con destellos verdes; los destellos son tan difíciles de reproducir, me tardé mucho en conseguirlo. Las pilas de papeles, de ojos, están aún en mi cuarto. Al fin pude copiarlos, igualitos.

Cierro los ojos.

Aúllan.

Imagino lo que ven: los ojos de mi madre.

Deben quedarme aún algunas cicatrices, me ganó la impaciencia, no pude esperar a que se cayeran todas las costras. Los primeros trazos me dolieron, sí, y la tinta arde un poco al entrar en la piel; me gusta el color de tinta mezclada con sangre; los primeros trazos me dolieron porque la carne de los párpados es más sensible de lo que parece, sobre todo cerca de las cejas; pero luego me fui acostumbrando.

No fue difícil conseguir las agujas, mis tías, mi abuela, todas cosen por la tarde y se olvidan de mí y casi pude quitarles la aguja de la mano de lo poco que me miran. El encendedor se lo saqué a mi tía Martha de la bolsa, aunque primero traté de hacerlo sin encendedor pero la herida se me infectaba.

Será complicado moverme por la casa sin abrir los párpados, porque si los abro se pierde el encanto, desaparecen los ojos de mi madre que ahora llevo marcados en la piel con tinta de colores: verde, almendra, blanco; si los abro muestro de nuevo los ojos de mi padre,

negros; lo difícil va a ser moverme por la casa y no caer en la tentación de abrir un poquito los párpados, para ubicarme.

Debo ser fuerte. A mi madre le hubiera gustado verme así, estaría orgullosa, dibujo tan bien, y fui valiente. Casi no me dolió. Bueno, sí, pero no voy a decirle a nadie; al cabo desde mi cuarto hasta la sala no se oyen los gemidos. Debo ser fuerte un poco más. Un poquito.

Todavía tengo las agujas. 

